

---

*Oligarquías Porfiristas, el Ejemplo*

## La Madre de Todas las Elites

- ★ Fortunas Surgidas al Amparo del Poder Político
- ★ Representa Miles de Millones el Monopolio del PRI
- ★ Por esa Razón el Autoritarismo se Niega a Morir

LORENZO MEYER

La política es la madre de todas las élites económicas, al menos en México. Hay, desde luego, excepciones que son simples confirmaciones de la regla.

Un buen estudio de la formación, apogeo, caída y desvanecimiento de una élite mexicana, se encuentra en el libro recientemente publicado de Carlos Tello Díaz, **El Exilio: un Relato de Familia**. Se trata de una investigación en toda forma —12 archivos, 6 diarios y memorias, 42 entrevistas y una bibliografía de casi un centenar de obras y un puñado de artículos—, bien narrada, hecha desde dentro, de dos familias alrededor de las cuales se organizó la oligarquía porfirista entre 1877 y 1911: las familias de Porfirio Díaz y de Joaquín D. Casasús. Gracias a su enorme voluntad de poder y buena fortuna política, ambas familias fueron, por tres decenios, el centro de la vida pública, económica, intelectual y social de México.

SIGUE EN LA PAGINA VEINTICUATRO

Sin embargo, cuando el poder político que tomaron por la fuerza les fue arrebatado también por la fuerza, su centralidad se desvaneció para no ser recuperada. Por lo político fueron todo, sin la política, dejaron de serlo.

Lo sucedido a la oligarquía porfirista es típico de las clases poderosas mexicanas de antes, después y hoy. En la base de la mayoría de las grandes fortunas familiares de nuestro país, se encuentra la conquista previa del poder político o el beneficio directo de su sombra protectora. En oposición a la tesis marxista, en México, la política es la raíz del gran capital y no viceversa.

Es verdad que en cualquier país, incluidas las ac-  
 les grandes potencias industriales, se pueden encontrar ejemplos conspicuos de transformación del poder político en poder económico, prestigio social y gran riqueza familiar. Sin embargo, hay sociedades donde esa no es la regla, pues resulta tan o más fácil encontrar ejemplos de lo contrario: grandes acumulaciones de capital, cuyo origen es ajeno al control directo del poder político y que, con el tiempo, desembocan en la captura del poder político o se mantienen alejadas de él. Veamos un ejemplo norteamericano y conspicuo.

George Washington y sus cinco sucesores en la Presidencia —los dos Adams, Jefferson, Madison y Monroe—, eran miembros de la élite económica (esclavista) de la Nueva Inglaterra antes de conquistar el poder político, y su fortuna no aumentó gran cosa como resultado de su paso por la Presidencia. En contraste, en México, las fortunas de todas las familias cuyo jefe pasó por la Presidencia, fueron resultado de su acceso al poder y no al revés. Y en este caso, los ejemplos van desde Antonio López de Santa Anna, Porfirio Díaz, Miguel Alemán, hasta la famosa colina de los López Portillo, y si no se llega hasta 1993 en esta generalización es simplemente por falta de datos.

En los países centrales es relativamente fácil encontrar ejemplos de fortunas enormes, heredadas y agrandadas de una generación a otra, hechas sin ayuda directa o indirecta del poder político. Un caso paradigmático sería el de

Henry Ford, el hijo de inmigrantes irlandeses pobres que nunca logró terminar la secundaria, pero que gracias a su extraordinario ingenio mecánico, a principios de este siglo revolucionó la forma industrial de producción, y gracias a ello acumuló una inmensa fortuna que no ha desaparecido. Conviene notar, además, que cuando Ford finalmente se interesó por el ejercicio directo del poder político —ya muy tarde en su carrera— buscó un sitio en el Senado... ¡y fracasó!

En México hay también grandes fortunas hechas por individuos que nunca ocuparon un puesto público, pero muy pocas de ellas surgieron realmente a pleno sol, sin la sombra protectora de algún Presidente, gobernador, cacique o secretario de Estado. Y esto es así, no necesariamente por la incapacidad de nuestros capitalistas para sobrevivir y triunfar por sí mismo —aunque quizá haya algo de eso—, sino porque la combinación de un Estado absorbente, intervencionista y corrupto y un medio social económicamente subdesarrollado, hizo que el capitalista buscara el apoyo de la muleta del poder político para poder caminar. Ese Estado fuerte en un medio económicamente débil, sea en la época colonial, en el siglo XIX o en la actualidad, hace muy difícil, casi imposible, que el empresario sobreviva y prospere sin tejer —y pagar—, por una serie de ligas y compromisos con aquellos que ocupan los altos cargos del Estado. Sin protección y apoyo de alguien importante en el organigrama del poder público, no hay gran empresa privada que tenga éxito, sea nacional o extranjera. La famosa cena

de febrero de este año de los 25 empresarios con el Presidente, y donde se demandó 25 millones de dólares de cada uno de ellos para llenar las arcas del PRI, es simplemente una muestra más de la verdad anterior.

La primera gran fortuna familiar del México poscolombino, fue, obviamente, resultado directo de la conquista militar del poder político: la de Hernán Cortés y su marquesado del Valle de Oaxaca. En los tres siglos de vida colonial que siguieron, las grandes fortunas novohispanas fueron las de los grandes comerciantes, y ese comercio monopólico nació, prosperó y dependió siempre, de la voluntad del Estado español. En la primera mitad del siglo XIX mexicano, los grandes acumuladores de riqueza fueron los agiotistas, y su riqueza fue menos resultado natural de la fuerzas del mercado y más, mucho más, de los negocios directos de esos prestamistas con un Estado intervencionista pero permanente en números rojos. ¿Ejemplo concreto?: Los Martínez del Río, los Béistegui, los Escandón, los De la Torre, los Fagoaga, etcétera.

El porfiriato es la época clásica del maridaje de poder político y económico del siglo XIX, es el momento cumbre de la oligarquía liberal. Vuelven ahí a aparecer los Béistegui, De la Torre o Escandón, en compañía de los Mier y Terán, los Rul, los Bringas y, desde luego, de los ya mencionados: los Casasús y los Díaz. La Revolución de 1910 destruyó esa oligarquía, cuya caída está estupidamente captada en el libro de Tello Díaz, pero la Revolución también trajo consigo a una nueva oligarquía. Los nuevos ricos "re-

volucionarios" lo fueron gracias a que siguió funcionando el viejo mecanismo de acumulación. El poder político de la Revolución sirvió para crear la nueva gran riqueza privada, y los ejemplos están a la vista: Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Aarón Sáenz, Abelardo Rodríguez, Miguel Alemán, Antonio Díaz Lombardo y toda la legión de particulares que al amparo de contratos o monopolios surgidos a la sombra del poder político, hicieron fortunas notables: Jenkins, Azcárraga, Legorreta, etcétera. Hoy día, Carlos Hank González es el caso más evidente de la vigencia del viejo mecanismo, pero hay muchos otros ejemplos: los empresarios neoliberales favoritos del régimen y que han adquirido las antiguas empresas estatales —el caso más claro es el de Teléfonos de México y sus tarifas monopólicas, cuyo aumento en 1994 superará, con mucho, el índice oficial de inflación—, los bancos privatizados, o aquellos cuyas empresas que fueron salvadas de la enorme deuda externa en el decenio pasado por los fondos públicos de Ficorca, como es el caso de los grandes grupos industriales de Monterrey.

Lo realmente interesante para los estudiosos de la historia del poder en México, no son las formas de vida en el exilio de los porfiristas —don Porfirio vivió de las acciones que había comprado en el Banco de Londres y México y de ciertos bienes raíces vendidos en vísperas de la revolución así como de la riqueza de su esposa. Su hijo, el coronel Porfirio Díaz Ortega, vivió del paquete de acciones que le obsequió la Compañía Mexicana de Petróleo "El Águila", sino